



Había una vez una niña bonita, bien bonita.

tenía los ojos como dos aceitunas negras, lisas y muy brillantes.

Su cabello era rizado y negro, muy negro, como hecho de finas hebras de la noche. Su piel era oscura y lustrosa, más suave que la piel de la pantera cuando juega en la lluvia.

A su mamá le encantaba peinarla y veces le hacía unas trencitas todas adornadas con cintas de colores. Y la niña bonita terminaba pareciendo una princesa de las Tierras de África o un hada del Reino de la luna.

Al lado de la casa de la niña bonita vivía un conejo blanco, de orejas color de rosa, ojos muy rojos y hocico tembloroso. El conejo pensaba que la niña bonita era la persona más linda que había visto en toda su vida. Y decía:

- Cuando yo me case, quiero tener una hija negrita y bonita, tan linda como ella...

Por eso, un día fue adonde la niña le preguntó:

- Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó:

- Ah, debe ser que de chiquita me cayó encima un frasco de tinta negra.

El conejo fue a buscar un frasco de tinta negra. Se lo echó encima y se puso negro y muy contento. Pero cayó un aguacero que le lavó toda la negrura y el conejo quedó blanco otra vez.

Entonces regresó adonde la niña y le preguntó:

- Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó:

- Ah, debe ser que de chiquita tome mucho café negro.

El conejo fue a su casa. Tomó tanto café que perdió el sueño y pasó toda la noche haciendo pipí. Pero no se puso nada negro.

Regresó entonces adonde la niña y le preguntó otra vez:

- Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó:

- Ah, debe ser que de chiquita comí mucha uva negra.

El conejo fue a buscar unas cestas de uvas negras y comió, y comió hasta quedar atiborrado de uvas, tanto, que no podía moverse.

Le dolía la barriga y pasó toda la noche haciendo pupo.

Pero no se puso nada negro.

Cuando se mejoró, regresó adonde la niña y le preguntó una vez más:

- Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía y ya iba a ponerse a inventar algo de sus frijoles negros, cuando su madre, que era una mulata linda y risueña, se lo dijo.

Ahí el conejo, que era bobito pero no tanto, se dio cuenta de que la madre debía estar diciendo la verdad, porque la gente se parece siempre a sus padres, a sus abuelos, a sus tíos y hasta a los parientes lejanos. Y si él quería tener una hija negrita y linda como la niña bonita tenía que buscar una coneja negra para casarse.

No tuvo que buscar mucho. Muy pronto, encontró una coneja oscura como la noche que hallaba a ese conejo blanco muy simpático.

Se enamoraron, se casaron y tuvieron un montón de hijos, porque cuando los conejos se ponen a tener hijos, no paran más

Tuvieron conejitos para todos los gustos: blancos, bien blancos; blancos medio grises; blancos manchados de negro; negros manchados de blanco; y hasta una conejita negra, bien negrita.

Y la niña bonita fue la madrina de la conejita negra.

Cuando la conejita salía a pasear siempre había alguien que le preguntaba:

- Coneja negrita, ¿cuál es tu secreto para ser tan bonita?

Y ella respondía:

- Ningún secreto. Encantos de mi madre que ahora son míos.